Semiótica

Un libro inusitado desde el punto de vista de la semiótica es el ensayo de Milner, porque interrelaciona el pensamiento de Saussure, Freud, Lacan, Chomsky y otros destacados teóricos que, en algún momento, han estudiado las implicaciones del lenguaje en diferentes aspectos de la problemática humana.

Semiótica

EL AMOR POR LA LENGUA

Jean-Claude Milner

*L'Amour de la Langue,
à Seuil, 1978.*

ISBN 968-429-172-8

NUEVA IMAGEN

Índice

Introducción	9
I. Antedecir.....	17
II. Producción de la lengua.....	27
III. Lingüística sutil y contumaz	39
IV. Lingüística una e indivisible.....	47
V. Periplo por los embrollos del Todo.....	69
VI. Un lingüista deseante	83
VII. De la lengua	95
VIII. Del lingüista	109
IX. Envío	119

2] Constituir la lengua como un real representable para el cálculo, como un real que sea sustituible por las letras pequeñas de una formalización. Es para lo que sirve el concepto de signo y el principio de distintividad. Cada segmento de la lengua — palabra, frase, sonido, sentido — entendido como signo, es representado de manera unívoca y analizable: identidad por identidad, diferencia por diferencia.

3] No retener del ente hablante en general sino aquello que lo hace soporte de un calculable, pensarlo como un punto sin división ni extensión, sin pasado ni porvenir, sin conciencia y sin inconsciente, sin cuerpo, y sin otro deseo que el de enunciar. Es el ángel, el que desde siempre representa lo que adviene de un sujeto cuando sólo se retiene de él la dimensión de enunciación pura.

4] No retener de la multiplicidad de los entes hablantes sino lo que es necesario para constituir un real calculable como lengua: sea dos puntos, uno de emisión y el otro de recepción, dos puntos simétricos, dotados de las mismas propiedades, indiscernibles, por tanto, salvo por su dualidad numérica. Eso es lo que opera el concepto de comunicación.

Así se constituirá, de cálculo en cálculo, la red del real, con lo imposible, entendido como lo agramatical, como único principio de investigación. Lo asombroso es que se llegue a eso.

Aquí, el psicoanálisis tiene un solo asidero válido: el enunciar que, en materia de lengua, la ciencia puede fallar. A lo cual la ciencia tendría muy poco que objetar, porque en la lingüística las cosas no andan como en la lógica: el real en el que la lingüística se sostiene no está suturado, está recorrido por fallas, las que son perceptibles para la misma ciencia.

Esas líneas de fallas se entrecruzan y se superponen. El cálculo las registra como lo que le es irreductible, pero esas fallas no diseñan otra red a partir de la cual

se pudiera construir una ciencia nueva, singular: vanidad de las gramatologías. Su naturaleza y su lógica, empero, son aclarables por el discurso freudiano: en *la/ange*, entendida en adelante como no representable para el cálculo — es decir como cristal —, esas fallas son los retratos donde el deseo destella y el goce se asienta.

Así anunciaba yo en 1974 una serie de exposiciones que pensaba desarrollar en el Departamento de psicoanálisis de Vincennes. Estaba entonces ocupado en la redacción, con fines universitarios, de un trabajo de estricta sintaxis; asombrado, sin duda, de verme llevado a ese extremo, pero también asombrado de no aburrirme mayormente. A veces también me asaltaba la sospecha: ¿será posible que la lingüística me interese?

En cuanto a la gramática, ya lo sabía, puesto que había podido observar constantemente en qué medida, aburrido de los trabajos que requirieran originalidad e inventiva, me recuperaba mediante trabajos de pura lengua: traducciones o comentarios filológicos. Pero de ahí no resultaba nada para la lingüística, a la que por mucho tiempo yo había tenido por mero sucedáneo, impuesto por la dura modernidad, de aquella gramática, en adelante caída en el descrédito. Pero he aquí que yo mismo me encontraba dedicado a la ciencia que me calificaba en el mundo. Esto iba en contra de lo esperado y merecía que me interrogara.

Sin duda, yo hubiera podido sostener que, en ese movimiento sólo me animaba una preocupación epistemológica. Si, después de todo, la lingüística es una ciencia ¿no será bienvenida la ocasión de que en el momento en que un practicante se dedica a ella en detalle se vuelva a los fundamentos y se aplique a ponerlos en el lenguaje conceptual que le es conveniente? Pero eso hubiera sido, lo veía claramente, distorsionar los hechos. Porque, por una parte, yo creía po-

destino de todas las ciencias del hombre.

Pero, en 1974, yo no creía más nada de todo eso. No sólo la filosofía, no sólo la política se había desvanecido como una humareda hacia la luna, sino que, radicalmente, el real había pasado: no hay palabra clave. Porque hay un Amo, porque hay una infinidad de palabras, todas o ninguna, según el capricho de la fortuna, que pueden servir al discurso de ese amo. Porque, finalmente, no existe la universalidad del discurso. Sin embargo, la lingüística resistía, y, lo que es más, resistía en ella misma y no ya como avatar reciente de la gramática. ¿De dónde venía, una vez más, esa resistencia y ese inesperado interesamiento de un deseo?

Un solo acceso: tratar de establecer si tiene algún sentido hablar de un deseo de lingüista como tal y luego tratar de nombrarlo; es decir, articular las vías por las cuales un ente hablante puede inscribirse como soporte de una ciencia que tiene como lugar aquello que hace que haya ente hablante, y como objeto alguna región de ese lugar. Forma de autoanálisis salvaje, quizá, pero garantizado, sin embargo, por los significantes de la orientación lacaniana, la que prohíbe que todo, y no importa qué, sea allí proferido. Yo me valía de esos significantes para interrogar a la ciencia, donde descubrirí que era seguramente como sujeto que allí me inscribía. Es posible que sea eso lo que algunos llaman epistemología lacaniana, en forma bastante impropia, sin embargo, puesto que lo único que importa en este caso es el modo de atadura de un deseo y algunas locuciones, accesorariamente calificables dentro del orden de la ciencia.

Las exposiciones que anunciaba tuvieron lugar en el curso del primer semestre lectivo de 1974-1975, y, como se podía esperar, no quedaron sin efecto sobre quien las había proferido. Esto al punto que, al releer un día el programa que yo mismo había redactado, me

pareció que era posible y deseable una mayor precisión. No consideré correcto dejar de testimoniar de algún modo. De la misma manera, y sin ceder a instancias de nadie, sino por mi propia decisión, puse por escrito mis exposiciones y solicité su publicación a la revista *Ornicar*, la que las aceptó. Semipublicación, de hecho, cuyo carácter reservado convenía a lo tentativo de mi propósito. Después, el testimonio de algunos, traductores o poetas que por ellos mismos se saben interesados en la lengua, no menos, además, que el silencio incómodo de algunos aturdidos, me aseguró que, por oscuramente que fuera, había tocado alguna verdad. De ahí me vino el apetito de publicar más de esa verdad, reforzado quizás ese apetito por una necesidad retorcida de tomar aquella verdad más anodina para mí.

Pero, como se sabe, no se pasa sin obstáculos de aquello que fue clandestinizado a una forma más patente. Yo no quería ni podía retomar sin modificaciones el texto de *Ornicar*. Ese texto, por otra parte, no había dejado de existir, y habría cierta sombra de fraude en extenderlo mediante la inyección, por aquí y por allá, de complementos retardatarios. Además, algunas observaciones de Deleuze y Guattari, en su *Rhizome*, me habían alcanzado: ¿necesitamos realmente libros arborescentes, o lineales? Pues yo prefería remitirme a los arreglos amistosos y a lo heterogéneo: conservar el texto de *Ornicar*, mediante algunas revisiones de detalle, pero insertar allí en tres ocasiones un rodeo, anticipando, desplazando lo que es del texto; con correcciones a veces, y con reafirmaciones otras, por otros caminos. En una palabra: un poco de agitación pero no por demás, porque no tiene sus tabúes.

ción.¹

Eso es lo que dicen nuestras palabras, pero, de la misma manera sentimos lo contrario: ¿quién no ve que la clase de las lenguas puede ser inconsistente, puesto que siempre uno de sus elementos es tal que no puede ser planteado sin demostrarse incommensurable con todos los otros? Esa lengua, usualmente llamada materna, puede siempre ser tomada por un aspecto que le impida hacer número junto con otras lenguas, agregarse a aquéllas, serles comparada. Luego, establecido esto, ¿qué impediría tomar a todas las otras lenguas por ese mismo aspecto y considerarlas radicalmente impropias para totalizarse, y que lo que las hace parecidas se transforme en lo que las hace incommensurables?

Pero, al decir *las lenguas*, decimos más aún. Ciertamente, las suponemos múltiples y reunidas, pero también suponemos que siempre es posible distinguirlas, pues ese plural es una colección de singulares, al mismo tiempo parecidos y discernibles. Dicho de otro modo, consideramos que siempre tiene sentido decir *una lengua*, de manera que se pueda siempre, con referencia a un segmento cualquiera, decidir si el mismo le pertenece o no. Nada, empero, es menos seguro. Aun admitiendo que siempre sabemos decidir si un segmento de realidad es o no de lengua, no resulta de eso que siempre se le pueda asignar a tal lengua más que a tal otra. Aparte de los casos usuales, donde la distinción es trivial, los hay cuya identidad y diferencia se confunden. ¿Qué ocurre con los diferentes tipos de sintaxis entre los que ocasionalmente podría elegir un sujeto conforme con su humor o con las circuns-

tancias? ¿Qué ocurre con dos sujetos, ambos convencidos de hablar la misma lengua, y de los que, sin embargo, es posible testimoniar que sus juicios de gramaticalidad divergen constantemente? ¿Y qué con los dialectos y los "niveles de lenguaje"?

Entonces, el hecho de que no siempre se pueda decidir si dos lenguas son idénticas o no todavía no sería nada si siempre se pudiera asegurar que toda locución, y, por ende, toda lengua en tanto que conjunto de locuciones, es idéntica a ella misma. Hay, sin duda, precauciones elementales que permiten contornear las dificultades inmediatas; así es necesario, por lo menos, evitar que el más mínimo episodio circunstancial pueda oscurecer el resplandor de la identidad. Aceptamos entonces que se llame *la lengua* a ese núcleo que, en cada una de las lenguas, soporta su unicidad y su distinción. La lengua no podría representarse por el lado de la sustancia, indefinidamente sobrecargada de accidentes diversos, sino sólo como una forma invariante a través de sus actualizaciones, puesto que está definida en términos de relaciones.² Se reconoce aquí la escisión entre la lengua y el habla cuya mecánica, abiertamente o no, funciona en todas las versiones usuales de la lingüística. La operación es, por tanto, posible. Pero ésta no deja de suscitar sospechas cuando se observa que también es siempre posible —sin apartarse de la experiencia inmediata— hacer valer en toda locución una dimensión de no identidad, esto es: el equívoco y todo lo que se le relaciona, homofonía, homosemia, homografía, todo lo que soporta el doble sentido y el decir en medias palabras, el incesante tejido de nuestras conversaciones.

¹ Cf. J. A. Miller, "Théorie de la langue", *Ornicar* 1, pp. 27-28. La fuente es la carta de Cantor a Dedekind, fechada 28 de julio de 1899, en Cantor, *Abhandlungen mathematischen u. philosophischen Inhalts*, Olms Verlag, 1966, pp. 443-444.

² Que esas relaciones sean las que Saussure, y después de él el estructuralismo, han descrito como paradigmáticas y sintagmáticas, o que se escriban como reglas de naturaleza diversa, poco importa.

dad y siempre isotopa. En síntesis: la lengua debe ser *Una*. Pero es evidente que esas condiciones irreducibles no se hallan satisfechas sino a condición de eliminar algunas proposiciones:

- las lenguas no forman una clase consistente, siendo incommensurables;
- una lengua no es idéntica a ella misma;
- una lengua es una sustancia;
- una lengua puede dejar de estar estratificada;
- una lengua no es isotopa.

Más, se ha visto, nada en la experiencia hace a ninguna de las anteriores proposiciones imposibles de sostener. Han sido eliminadas por una decisión de principio, y ese principio se reduce a la simple demanda de que determinado tipo de proposición universalizable pueda ser preferida en nuestra lengua.

Hay más que decir, pues esas cinco proposiciones descartadas no dejan de diseñar, tomadas en su conjunto, un cierto lugar de la lengua: un real que insiste en cada una y que ni la lingüística ni la gramática pretenden denegar. Este elemento insistente es, en efecto, del orden de las lenguas; lo que es más, no se sustraerá enteramente al sentido, puesto que es desde la misma experiencia de donde se puede describir su confluencia, hasta el punto de que mantener separados esos elementos es proceder propiamente por abstracción. Faltaría, por tanto, nombrar ese eje que cruza las cinco proposiciones, del cual no hemos percibido aún sino su sombra proyectada. Pero aquí se anuda la dificultad. ¿Cómo asombrarse de que no se le ponga algún nombre con mediana facilidad, cuando cualquier nombre apunta a la univocidad? Nada de designación unívoca, por ende, para el lugar de los equívocos. Sólo puede ser utilizado aquí un simu-

lacro, éste mismo trabajado por el equívoco a cuyo real se apunta. Se comprende que se apropie aquí el nombre forjado por Lacan: *lalangue*.^{3*}

Lalangue es, entonces, una lengua entre otras, en tanto que, en caso de establecerse, impediría por incommensurabilidad construir una clase de lenguas que la incluya. Su figuración más directa es, por cierto, la lengua materna, la cual reclama muy poca observación para admitir que en cualquier hipótesis se requiere una fuerte torsión para alinearla dentro del lote común. Pero, inmediatamente, es también cualquier otra lengua en la medida que todas son, por algún costado, una entre otras y cada una es, para algún ente hablante, lengua materna. No es que el carácter distintivo que funda la incommensurabilidad de una lengua pueda enunciarse en proposiciones lingüísticas; al contrario, la incommensurabilidad se desvanece desde el momento en que se adopta el punto de vista que permitiría tales proposiciones. De otro modo: *lalangue* es aquello que hace que una lengua no sea comparable con ninguna otra, en tanto que, justamente, no es otra, y también en tanto que aquello que la hace incomparable no se podría nombrar.

Lalangue es, en toda lengua, aquel registro que la consagra al equívoco. Sabemos cómo llegar ahí: desestratificar, confundir sistemáticamente sonido y sentido, mención y uso, escritura y representación; impedir de esta manera que un estrato pueda servir de apoyo para desenredar a otro. Pero, es necesario ponerse en guardia: ese registro no es otra cosa que lo que distingue absolutamente a una lengua de toda otra. Y la particularidad de una lengua reside sólo en las series

³ Remito principalmente al *Entourdis* y a la última lección de *Encore*, así como al comentario de J.A. Miller, "Théorie de lalangue", *Orricar* I, pp. 16-34.

* El concepto acuñado por Lacan se empleará sin traducción [E].

II. Producción de la lengua

Nuestro objeto consiste en la lingüística en tanto que afectada por la posibilidad del psicoanálisis. De ahí el título que hemos elegido; su clave es simple y consiste en la conjunción de términos corrientes que, simplemente, han sido tomados al pie de la letra. ¿Qué es necesario, en efecto, que sea la lengua, para que con ella se pueda designar tanto el objeto de una ciencia cuanto el objeto de un amor?

De esta manera, adelantamos tres tesis:

- cuando se dice amar la lengua, se trata propiamente de cierto amor;
- la lengua que es en adelante cuestionada es precisamente aquello que la lingüística tiene que conocer;
- por ese entrecruzamiento es como se puede descubrir el punto donde el deseo viene a corromper una ciencia humana, donde se anuda, si se quiere prestar atención, una relación inteligible con una teoría posible del deseo.

Por tanto, la pregunta es: ¿qué es la lengua si el psicoanálisis existe?

Abandonemos por un instante la evidencia del lenguaje de la dominación y atengámonos aquí a un mínimo: hablar de lengua y de partición es plantear que no todo se puede decir. En otros términos, el puro concepto de lengua es el de un *no-todo* marcando *la-langue*; o la lengua es lo que soporta a *la-langue* en tanto que la misma es *no-toda*.

Retomemos lo que Lacan, en *Télévision*, ha hecho funcionar como punto inicial de su discurso: la verdad no se dice toda, y eso porque faltan las palabras. La proposición que de ahí destaca, por equivalencia, es que la verdad, en tanto que *no-todo*, hace a lo real.

Pero la lectura no se puede detener aquí. De aquello de que la verdad no se dice toda, se puede llegar también a la conclusión de que la verdad no es sino eso a lo que las palabras faltan. Pero, las palabras faltan siempre, y el *no-todo* que marca la verdad en tanto que la misma debe ser dicha, marca también *la-langue*, en tanto que todo decir verdadero pasa por ella. De lo que resulta que, como la verdad misma, *la-langue* hace a lo real.

Desde luego, la tesis de que la lengua soporta a *la-langue* en tanto que *no-toda* se deja traducir directamente en: *la lengua soporta lo real de la-langue*.

En cuanto a que la lengua esté ligada a la operación del *no-todo*, no implica mayor dificultad, a pesar de la apariencia, para encontrar sus rastros al hilo de las tradiciones. Después de todo, el mito de Babel no dice otra cosa, puesto que liga la posibilidad de la lengua a la de una división indefinida y no sumable.⁶ De la misma manera, Saussure construye el mito de los dos continuos (dos reflujos) que se conjugan, y que como consecuencia de ese mismo encuentro se hallan divididos,

⁶ "Las lenguas imperfectas en aquello que múltiples, falta la suprema..." (Mallarmé, *Crise de Vers*).

al exceder cada uno al otro y destinarlo a la carencia. Se sabe, finalmente, que la tradición ha legado a las gramáticas la serie de las partes del discurso; no es difícil hacer que aparezca aquí lo romántico, pero las hipercríticas no han dado cuenta de ello sino en forma ocasional. Lo importante residía no tanto en la lista exacta de esas partes, sino en el hecho de que siempre y necesariamente las mismas debían estar supuestas. Se puede discutir si lo que hay que distinguir es entre nombre y verbo, pero a nadie se le escapa la necesidad de distinguir. Dicho de otra manera, como ya lo escribía Platón (*Sofista*, 262 a), la lengua, aun cuando se la imagine como totalidad enumerable, esta también necesariamente marcada de lo heterogéneo y lo no superponible.

Que la lengua sea del orden de lo real, en cambio, es continuamente desconocido. Por ejemplo: se traduce la lengua en términos de realidad, ubicándola dentro de la red de lo útil a título de instrumento (de comunicación), o de la red de las "prácticas", sociales u otras. Más ejemplos: se mide el real de la lengua en el marco clínico de la neurosis, para describir los dialectos del histérico, del obsesivo, etc., haciendo pasar al mismo tiempo por lo real los fantasmas construidos con los remiendos de esos fragmentos.

Sin embargo, son éstas, en efecto, tesis referentes al estatuto de ese real, las que se hallan en juego dentro de los diversos discursos sostenidos acerca de la lengua. La más importante partición puede ser resumida así: *lo real es concebido como representable o no*.

En verdad, esta partición no tiene nada de específico; articula en su forma más general el encuentro mismo de lo real por el ente hablante. Supongamos, en efecto, que existe lo real — cosa que, por otra parte, ninguna *lógica* podría imponer —: todo lo que el sujeto, si lo encuentra, le *demand*a, es que de alguna manera una

¿quién creará que palabras griegas, sánscritas, latinas, germánicas, etc., tengan, así fueran estructuralmente idénticas, el mismo valor referencial? Se comprende así que el *Curso*, que sólo es, correctamente tomado, la exposición de las condiciones conceptuales que hacen posible la gramática comparada, descarte la referencia, aisle lo formal y abra la posibilidad de una notación simbólica.

Cumplido eso, resultaba en cierto modo natural referir las notaciones a la ciencia universal de los símbolos posibles o, en otras palabras, a la lógica. Eso remplazar la escritura *bricolée* del estructuralismo por un formalismo totalmente integrable en la teoría de los sistemas.

Pero el real de la lengua tiene por propio el hecho de que no se reconoce de manera unívoca, y la regularidad debe ser considerada aquí más bien como la máscara que como el signo. La oscilación es antigua: fundamenta la querrela de los anomalistas y los analogistas, que dividía a los antiguos gramáticos.⁹ Para los segundos, el efecto de lengua residía precisamente en la proporcionalidad, o analogía, que permite las reglas generales. Todo lo que no se integra en esas reglas es pensado como excepción, vale decir, como parásito, fantasma dentro de la lengua de lo que no es la lengua (pero con la herencia, por ejemplo, de lo que es arcaísmo, o intención retórica, o la figura). Para los primeros, en cambio, las reglas generales son un artificio, una racionalización de los gramáticos profesionales. La lengua se reconoce, al contrario, en lo que comporta de obligaciones no respetables, por entero singulares, en una palabra, *anómalas*. Lo que era visto

⁹ Cómodamente resumida por R. H. Robins, *Brève Histoire de la linguistique*, París, Seuil, 1976, pp. 25-26.

como excepción, negativamente, es ahora la positividad del real. Desde luego, ese real es esencialmente no representable: ni tablas, ni reglas generales, ni, evidentemente, ninguna escritura simbólica, sino sólo la simple aserción de un imposible: "dichos pero no dichos".

Si lo real no es representable, la lengua como tal no es, en el sentido de Lacan, matematizable en términos de representación. No podría haber aquí, por vías de ninguna teoría, transmisión de un matema referido a ese real. Si hubiera transmisión, ésta consistiría propiamente en una iniciación, pasando por vías diversamente designadas — pertenencia étnica o social, o la "honestidad" de Vaugelas —, pero escapando siempre a la razón; figura del sujeto, ésta, supuesta para el matema. Los sostenedores del representable, al contrario, están, por lo consiguiente, destinados a enunciar un transmisible, y de ahí la relación intrínseca que ellos mantienen con la escuela. Se comprende entonces que la tradición gramatical, sobre todo en Francia, se divida en dos ramas bien diferenciadas: una expuesta en forma de tratados completos y ordenados, llamados gramáticas o sintaxis, destinados a la enseñanza; la otra, presentada en cortos sueltos en los diarios o en libros aforísticos, es iniciática. Que los iniciados no sean otra cosa que el risible conjunto de la gente común, no cambia para nada la estructura. La oposición es, desde ya, la de Port-Royal y Vaugelas o Bouhours, y aún subsiste (aunque hay puntos de conexión, siendo Grevisse el más característico entre éstos). Si se conviene en llamar gramáticos a los sostenedores del representable, a los de lo irrepresentable se los podría muy bien considerar lo que se designa como *puristas*.

Se reconoce fácilmente que es lo que está en juego en el purismo y es nada menos que esto: al ser entendida como un real irrepresentable, la lengua puede fun-

III. Lingüística sutil y contumaz

Lalangue es no-toda; de ello resulta que alguna cosa no cesa de inscribirse aquí, y en todas las formas cursivas que se relacionan con *lalangue*, esa alguna cosa ejerce una acción. Para la lingüística la cosa es simple: se trata de ignorar totalmente el punto de cesación, y esta ignorancia la estructura.

Antes de precisar lo que está en litigio, quisiera aclararlo por adelantado al considerar un caso por completo opuesto: una posición que se define por no ignorar el punto de cesación, de volver a éste incansablemente, de no admitir nunca el tenerlo por nada, en una palabra, la poesía. Sea la falta que marca *lalangue*: si se le confiere un ser, resulta concebible que se proponga la obligación de decir ese ser, de hacer que éste cese de no inscribirse. Paso constitutivo, del que hay testimonios: que se lea aquí a Yves Bonnefoy, para enterarse en qué sentido el acto de poesía consiste en transcribir en *lalangue* misma y por sus propios recursos un punto de cesación de lo que falta a su escritura. Es en eso que la poesía hace a la verdad, puesto que la verdad es, estructuralmente, aquello de lo que la lengua carece, y tiene que ver con la ética, puesto que, una vez discernido, el punto de cesación ordena que sea dicho.

pertenece a la lengua. En cuanto a la consistencia, es la que se requiere de las escrituras: que las secuencias permitidas no sean allí contradictorias.

Al ser ajena a la ciencia, la gramática no tiene que ser homogénea ni no contradictoria. De ahí que la completud que la gramática persigue puede ser lograda mediante no importa cuál arreglo. De la misma manera, el *no-todo* que marca los límites de su campo no le ofrece casi dificultades; basta suplir la falta con cualquier remiendo. Por tanto, el sentimiento de la lengua, donde de manera implícita o no, se apoyan característicamente todos los gramáticos dignos de ese nombre, les asegura que, cualquiera fuere su propia insuficiencia, la completud de la lengua está presente en cada uno de los sujetos que la hablan.

En cambio, el tipo de escritura que se propone la lingüística no puede ser realizado si el *no-todo* conserva el menor título de existencia. Sólo queda, por tanto, el no saber nada de eso, el ignorar todo lo que venga de *lalangue*. Se comprende, entonces, que la lingüística, diferentemente de la tradición gramatical, haya tenido dificultades con la lengua materna. Se sabe que el esfuerzo de los lingüistas estructuralistas consiste en obligar al lingüista a tratar a toda lengua como si nadie la hablara, y si se trata de la propia lengua, tratarla como si fuera un idioma extranjero. Ésa era, sin duda, la vía más segura para impedir cualquier molesto retorno de aquello que podría descompletar el objeto a representar. La vuelta que da la gramática transformacional es todavía más sutil. Aquí por lo contrario, sólo se está en condiciones de describir la propia lengua, el recurso empírico más seguro cuando se trata de reconstruir la red de lo real, pues es la intuición directa. Así, se sitúa en cada sujeto un *dictamen*, voz de lo imposible, tan terminado como un mandato ético.

Se le supone al real de la lengua un cierto saber, llamado "competencia" y a ese saber un cierto sujeto, llamado "sujeto hablante". El lingüista es simplemente aquel que escribe la competencia, pero si se trata de la ciencia propia, se ve que la posición no es simple: el sujeto hablante, punto sin dimensión, ni de seo, ni inconsciente, está cortado exactamente a la medida del sujeto de enunciación y está hecho para enmascarar a aquél, o, más exactamente, para suturarlo. Que el lingüista funcione como tal, y que cada enunciado que profiera como sujeto pueda, al mismo tiempo, ser la ocasión de un análisis, y recíprocamente, entonces la lengua materna estará sin cesar despojada de su predicado, pero, en cambio, *lalangue* estará en condición de infectar la lengua.

La relación del lingüista con su propia lengua se halla siempre estructuralmente desdoblada. Se mantiene en un punto donde el *no-todo* debe ser proyectado en todo. Está, por tanto, siempre en acto de imaginar un significante que colmaría la falta de la lengua y la haría un todo, digamos; una palabra.¹¹ La disciplina, entonces, parece ordenarse enteramente en torno de aquélla, y mediante ella desafiar todos los nudos existentes en *lalangue*. Eso la destina a ocupar una posición de dominación general sobre todos los discursos, dentro de los cuales se halla en condiciones de evacuar toda falta. En cuanto al sujeto que es el primero en profirir la palabra clave, está por eso en posición de amo, y su propia persona basta para atestiguar a quienes lo escuchan que la falta se colma.¹²

¹¹ La historia de la lingüística se reduce a una serie de esas palabras clave: absolutismo de las leyes fonéticas, arbitrariedad del signo, estructura, transformación, son los ejemplos más conocidos. Paralelamente se puede describir una serie de clanes, nucleados en torno del sujeto que profiera la palabra clave.

¹² Por eso, atestigua también, en tanto que sujeto, que el saber in-

decer a las mismas leyes de la escritura.

Luego, tales segmentos existen: algunos de ellos son conocidos desde hace mucho tiempo. Darnourette y Pichon ya habían notado el no "expletivo", y ciertos imperfectos. Se podrían agregar muchos otros: las exclamaciones, los discursos indirectos, etc. En todos esos casos, es posible relevar los datos de imposibilidad cuya explicación exige que se recurra no ya al sujeto hablante, simetrizable y sin deseo, sino a un sujeto de enunciación, capaz de deseo y no simetrizable. Cosa ésa que, sin duda, el lingüista puede pasar mediante algunos subterfugios, sobre los que volveremos, pero que no podrían borrar la subversión que la lingüística padece.

Desde ya, las redes del real, a las que la lingüística está ligada, demuestran que trazan caminos que no llevan a ninguna parte. Uno se pierde dentro del bosque de *lalangue*. Hay algunas vías, o se atiene uno a la ética de la ciencia, y entonces nada se quiere saber a partir del punto donde el camino se pierde: éste es el punto de vista de la gramática transformacional; o, por lo contrario, se atiene a la ética de la verdad. Entonces es necesario, en tanto que lingüista, y dentro de la misma escritura a la que se atiene, articular el punto, no como indistinguible, sino como localizable por el sesgo de la contumacia que impone frente a todos los reparos.

IV. Lingüística una e indivisible

Hemos dicho *la* lingüística, lo que supone, por tanto, la unicidad de un referente. Sin embargo, sería fácil mostrar que reclaman ese título, no sin derecho, teorías muy diferentes, que divergen sobre lo que se debe entender por teoría, por ciencia, por demostración, etc. Si se pretende que el término *lingüística* sea otra cosa que una rúbrica administrativa es necesario descubrir si existe un núcleo común a todas sus versiones existentes, núcleo que devendría, desde luego, el referente del término en cuestión.

Si se tiene en cuenta el desenvolvimiento de la disciplina, la tarea puede tomar una forma simple y limitarse a resolver la cuestión siguiente: ¿cuáles son las tesis comunes a las gramáticas estructuralistas y a las gramáticas transformacionales?

Es un hecho que la lingüística ha estado dominada de modo prevalente por una referencia al estructuralismo, y es igualmente un hecho que esa dominación pertenece ahora al pasado. Por estructuralismo es conveniente entender aquí una cosa precisa: no la visión del mundo un tanto insípida o la epistemología general más bien simple que se designa con ese nombre, sino un conjunto de proposiciones no tri-

poner sus condiciones generales, Saussure ha descubierto que no era la única forma de lingüística científica posible. En otras palabras, los conceptos de *lengua*, de *signo*, de *diferencia*, etc., necesarios para dar cuenta de la reconstrucción indoeuropea, se encuentran disponiendo de un alcance más general y que permite otros abordajes. Esto es lo que dio lugar a la creencia de que Saussure instituiría una ciencia inédita. Pero se ve fácilmente cuánto de eso es ilusorio. Es preciso decirlo con claridad: desde el punto de vista del concepto, nada hay en la lingüística sincrónica *possaussuriana* — esencialmente, la fonología de Troubetzkoy — que no estuviera ya en la gramática comparada.

En el lenguaje kantiano de los fundamentos se reconocerá sin dificultades la pura y simple afirmación del ideal de la ciencia. Al construir los principios según los cuales la lingüística se encontraría legitimada, Saussure entendía cumplir sólo esto: ordenar como ciencia toda proposición que él articule como lingüista. La ciencia es, por tanto, el punto ideal en el que se cruzan todas las proposiciones, instancia simbólica en la que el discurso se organiza.

Pero la ciencia misma debe hacerse representable, es decir, dar lugar a alguna teoría consistente. En el mismo proceso, el ideal de la ciencia, como instancia simbólica, se refracta en su correlato imaginario: una ciencia ideal que supuestamente encarna. Luego se define un segundo hito determinante de la posición de Saussure: admitido que éste trata de autorizar una ciencia, es necesario agregar que la refiere implícitamente a un paquete de rasgos distintivos que le permite reconocer en los mismos la figura ideal.

En otros términos, un modelo de ciencia particular, para hacerlo breve, digámosle euclideo.¹⁵ Según ese modelo, una ciencia es un discurso regido por dos

principios:

- el principio del mínimo: todos los conceptos de la ciencia deben ser deducidos del mínimo número de axiomas, expuestos en un número mínimo de conceptos primitivos;
- el principio de evidencia: todos los axiomas y conceptos primitivos deben ser evidentes, lo cual dispensa de su demostración y de su definición.

¹⁵ Es, evidentemente, Aristóteles el que ha constituido aquella teoría. Se la puede resumir en estos términos:

A. Una ciencia aristotélica es una serie de proposiciones referidas a los elementos de un solo y mismo campo, y que presentan las propiedades siguientes:

- 1] las proposiciones de esta serie se dividen en axiomas y en proposiciones derivadas (teoremas);
- 2] los conceptos aparecen en las proposiciones de la serie y se dividen en conceptos primitivos y conceptos derivados.

B. De los axiomas, se requiere que:

- 1] sean evidentes y, por ello, indemostrables;
- 2] sean suficientes, en el sentido de que fuera de ellos sólo las reglas de la lógica son necesarias para demostrar un teorema.

C. De los conceptos primitivos se requiere que:

- 1] sean inmediatamente inteligibles y, por eso indefinibles;
- 2] sean suficientes, en el sentido de que fuera de ellos, sólo algunas operaciones de combinación sean necesarias para construir los conceptos derivados.

La fuente de esta presentación es Scholz, *Die Axiomatik der Alten, Mathesis Universalis*, Basilea, Schwabe, 1969, pp.27-44.

Cf. también mis propios *Arguments linguistiques*. El modelo euclideo es prácticamente el único que ha reconocido la filosofía hasta fecha reciente. Nada extraño es, por tanto, que Saussure se haya inspirado en el mismo. El principio de evidencia es afirmado explícitamente por todos los autores. No ocurre lo mismo con el principio del mínimo, el que, sin embargo, resulta de la práctica de aquellos que comentan las ciencias.

ardid del todo y del *no-todo* al cual la lingüística se encuentra ligado. El que se aprehenda la lengua como fenómeno de lenguaje o como una manera de tratar el *no-todo de lalangue*, con respecto a eso es indiferente. O, más bien, el segundo momento es la verdad del primero.

A diferencia del ideal de la ciencia, hoy en día, la marca de la ciencia ideal ha cambiado totalmente de figura. Particularmente para la gramática transformacional, el modelo no es por cierto del tipo euclideo; los axiomas y los principios de evidencia y de *minimum* son sustituidos por hipótesis, la no evidencia y el *maximum*. Una teoría, en este caso, posee mayor valor cuando más hipótesis falsificables contiene (por tanto, no evidentes). En efecto, la ciencia ideal se ha tornado popperiana.¹⁸

En la medida en que el concepto de signo articula reciprocamente las dos primeras demarcaciones de la ciencia, éste se encuentra necesariamente afectado en su funcionamiento por la desaparición del modelo euclideo. En tal sentido, el signo constituye un punto crítico del examen: permite mensurar lo que, en Saussure, está ligado a una concepción particular de la ciencia, así como lo que escapa a la misma. Por una especie de variación concomitante, se podría así aislar lo que es invariable y susceptible de representar el núcleo único de toda lingüística posible.

Examinemos, entonces, la teoría saussuriana del signo. Muchos otros lo han hecho, pero no parece que alguien se haya preguntado si efectivamente esa teoría existía. Después de todo, se lo ha hecho notar a menu-

¹⁸ Cf., evidentemente, Popper, cuya obra principal se halla actualmente traducida al francés bajo el título de *Logique de la découverte scientifique*; y cf., también el primer capítulo de *Aspects de la théorie syntaxique* y accesorariamente mis propios *Arguments linguistiques*.

do, Saussure no fue el primero que recurrió al término ni al concepto. Muy al contrario, se trata de un lugar común de la tradición filosófica, desde por lo menos los estoicos, el de referir al signo los hechos del lenguaje.¹⁹ Luego, si se examina atentamente esa tradición, debe ponerse en evidencia un rasgo crucial: la teoría del signo es siempre una teoría de la pluralidad de los tipos de signos; convencionales, naturales, accidentales, etc. Y esto es muy bien una teoría del signo, es decir, una teoría cuyo objeto es el signo. Dentro de tal teoría, el lenguaje, en tanto que se lo relaciona con un tipo particular de signo, queda inserto en una clasificación más amplia, de la cual ilustra una de sus zonas.

En Saussure, al contrario, no hay sino un solo tipo de signo. En ese sentido, el signo no es el objeto de una teoría, sino el medio para exponer una teoría cuyo objeto es completamente otro. Se encuentra, efectivamente, que las propiedades asignadas por Saussure al signo recubren bastante exactamente aquellas que la tradición atribuye a uno de los tipos que la misma dis-

¹⁹ Parece, en efecto, que en Aristóteles el concepto de signo implica solamente un tipo de inferencia: el que conduce de un dato sensible a un elemento ajeno a los sentidos. Es igualmente así como el signo funciona para los estoicos y los epicúreos. Sin duda, ocurre que el lenguaje sea nombrado como un signo de inferencia por el signo, pero no se trata entonces, de ninguna manera, de proponer una doctrina del lenguaje. Al contrario, el signo es explicado mediante la ilustración supuestamente fácil constituida por la palabra.

Según R. A. Markus ("Saint Augustine on Signs", *Augustine, Doubleday Anchor Books*, 1972, pp. 61-91) San Agustín habría sido el primero en revertir la relación y poner el signo al servicio de una teoría del lenguaje. De él y no de los griegos derivarían, entonces, todas las teorías subsecuentes. (Pero cf., en sentido opuesto, B. Darrel Jackson, "The Theory of Signs in Saint Augustine's *De doctrina christiana*", *ibid.*, pp. 92-147).

Se consultará provechosamente a Todorov, *Theories du symbole*, pp. 34-58.

Lo arbitrario, en este sentido, no hace sino nombrar la coyuntura. Lo mismo que Lacan designa mejor como contingencia, y también lo que Mallarmé llamaba Azar.²² Al ubicarlo en el corazón de la lengua, Saussure se autoriza la construcción de una teoría de los signos sin ningún compromiso con una teoría de las cosas. La lingüística, desde luego, no es una visión del mundo, y el lazo que desde los griegos la unía a la teoría del ser de las cosas se ha quebrado.²³

Esto equivale a decir que por lo arbitrario la lingüística es puesta en posición de ignorar. Por lo cual se llega a la segunda función, negativa, del concepto.

Que determinado sonido remita a determinado sentido, que un signo dado remita a esa cosa, es actualmente pensado como pura coyuntura. El por qué es así en lugar de serlo de otra manera, lo arbitrario dice que no tiene por qué saberlo. Más exactamente, lo arbitrario del signo viene a plantear que no podría ser pensado de otra manera que como lo es, por lo mismo que no hay razón alguna para que sea como es. Lo arbitrario recubre de una manera exactamente ajustada

²² "Azar que permanece en los términos a pesar del artificio de su retemple alternado en el sentido y en la sonoridad." Mallarmé, *Cri-se de Vers*, de lo que se sigue que el *Lauce de dados* es una proposición sobre la lengua.

Sería un error suponer que el Azar de Mallarmé y la contingencia de Lacan fueran sólo nombres mejores para lo arbitrario. La diferencia entre los términos recubre una subversión de las posiciones. En Saussure, *arbitrario* significa, en propiedad, el rechazo del saber; en Mallarmé, como en Lacan, los términos son positivos y dicen que un saber es posible.

²³ La lengua saussuriana si se considera su materia; pertenece al orden de las cosas, la disyunción puede realizarse desde el punto de vista de la forma. Para que el dualismo valga, entonces, es necesario considerar solamente la forma, de ahí la tesis: la lengua es una forma y no una sustancia.

una cuestión que no será planteada: ¿qué es el signo cuando no es signo? ¿qué es la lengua antes de que sea la lengua? Es decir, la pregunta que corrientemente se formula en términos del origen. Decir que el signo es arbitrario es plantear como tesis primitiva: *hay lengua*.²⁴

b) Lo negativo

El signo lingüístico es negativo, es decir, según Saussure, opositivo y relativo.

Eso significa dos cosas: primero, que los signos son múltiples y forman un orden. Dentro de ese orden, cada signo carece de identidad sino es en la relación que mantiene con los otros (en conjunto o separadamente). Aquí se rencuentra el dualismo: todo lo que a un signo podría conferirle una identidad independiente, es atribuido al orden de las cosas, y, de esa manera, ignorado. De ahí se sigue también que sólo puede ser definido un tipo de relaciones, pues todo lo que podría diversificarlo en otros aspectos es eliminado de la atención. Entre un signo a y un signo b, como no es posible decir qué es a o b por separado, se puede afirmar, simplemente que el uno no es el otro, y recíprocamente: a esto se le llama una oposición.

En segundo lugar, la negatividad implica que las unidades lingüísticas no son dadas a la intuición inmediata. Puesto que esas unidades son signos, según Saussure, no pueden recibir identificación sino por la

²⁴ Aquí, nuevamente, las confusiones son frecuentes. La tesis de la arbitrariedad tiene la función de eliminar toda pregunta acerca del origen; tiene, por tanto, una semejanza sólo superficial con el convencionalismo. Para nada sirve evocar, en relación con el *Curso*, la oposición de los griegos *Théseí* : *Physeí*, que es una proposición sobre el origen, y no se refiere a la *lengua*, sino al *lenguaje*.

lo contrario, el conjunto de las operaciones de construcción —establecimiento de las distribuciones, las oposiciones, los paradigmas, etc.— es inútil. Las unidades están dadas, se trata simplemente de describirlas.²⁵ Sin duda, esto implica grandes diferencias entre ambos tipos de teorías, pero, sin embargo, no se puede pretender que impidan definir un núcleo común.

Que el signo es bifásico se halla implicado en la noción de signo, pero falta aún que el lenguaje se preste a ser así representado. Para Saussure, y para muchos otros antes que él, la posibilidad es evidente; pero su pongamos que se muestre la relación entre el lenguaje y el signo: faltaría por explicar de dónde viene su fuerza de evidencia. Consiste en que no podemos pensar la lengua sino aparejada con una vibración sonora y otra cosa, la ausente, la idea, el sentido. Es esta diferencia pura, la que, por otra parte destina el lenguaje o la filosofía y, recíprocamente la que el signo permite captar y fijar hasta el punto de hacerla manejable.

Sin duda, la manejabilidad es esencial para la lingüística y se la debe asegurar. Más aún, no es evidente que el signo sea el único medio de que dispone. Consideremos una vez más la gramática transformacional: la diferencia pura está allí situada y hecha perfectamente representable por la simple posición de nivel en la teoría. Aquí tenemos un nivel llamado fonológico y otro llamado semántico. Su presencia y su definición aparecen, entonces, como una condición general de buena construcción de teorías. En lugar de un concepto específico, el de signo, es la forma de la

teoría la que expresa la diferencia pura en el centro del lenguaje.

Se ve desde ya en qué sentido las propiedades mismas, cuya combinación constituye el signo saussuriano, pueden en lo esencial ser mantenidas, salvo, precisamente, en su conjunción. Queda la propiedad más singular, la negatividad, entendida en su sentido no empírico. Es aquí, en apariencia, donde se anuncia más estrechamente el lazo entre la lingüística y su versión estructuralista. Sin embargo, reducida a su esencia, la tesis sólo dice: *en la lengua hay un discernible*.

Retomando los términos de Lacan, en la lengua hay un Uno. En Saussure, lo hemos visto, el signo es la instancia que permite encuadrar el objeto con referencia al discernimiento que el mismo hace posible. En Chomsky actúa una instancia semejante, bajo la forma de una afirmación: para cada nivel de la gramática existen unidades minimales. (Cf. *Aspects*, pp. 179-180, n.2). En ambos casos se trata de la misma cosa: hacer posible una escritura.

Para resumir: en primer lugar, lejos de que la teoría del signo sea esencial para la lingüística, se puede poner en duda que la misma haya jamás construido una teoría del signo. En segundo lugar, si se analiza correctamente el concepto de signo, aparece que sus propiedades pueden ser conservadas por otros procedimientos, el núcleo de la lingüística se compondría entonces de tres distintos elementos, diversamente combinados según los modelos:

- la elección de un modelo de ciencia: el modelo puede variar, pero no por la exigencia de que haya uno. Eso implica en todo caso que el objeto sea representable, vale decir, regular.
- la operación que trata el *no-todo*, donde se ejer-

²⁵ A lo que se agrega, desde luego, que las unidades no son de la misma naturaleza. Así, en sintaxis transformacional, la unidad es la frase. En las gramáticas estructuralistas la frase nunca puede poseer un estatus. La diferencia es más antigua de lo que parece; la misma ya es mencionada, en forma embrionaria, en el *Curso*.

ro, ha dicho "Esto es correcto", eso es lo supuesto por la gramática.

Lalangue no es un flujo al que se le imponga, mediante cortes, lo Uno. Y la lengua no se reduce a una territorialización operada para los fines del conocimiento. Esto es lo que atestiguan desde ya el chiste, el lapsus, las asociaciones y, en una palabra, la pura posibilidad de la escucha analítica. Esto es, efectivamente, también lo que la gramática y la lingüística autorizan. No significa que las mismas tengan algo que hacer con relación a *lalangue*, sino, más bien, con algo que es posible sólo por su existencia. Más aún, la gramática y la lingüística no se ocupan con propiedad de los significantes, puesto que el sujeto que éstos representan, aquéllas lo ignoran; pero las baterías que destruyen, escribiendo un real, están permanentemente a punto de volcarse en cadenas significantes. Basta para eso que se los refiera a su causa: lo Uno estructurante del *lalangue*.

El psicoanálisis, por tanto, se apoya en lo que la gramática y la lingüística dan por supuesto y que éstas mismas garantizan con su propio éxito. Sin embargo, la lingüística podría desvanecerse en tanto que ciencia, y en ese sentido el apoyo que el psicoanálisis obtiene de ella no desaparecería porque para nada depende de una exigencia de integración a la ciencia: sólo importa la pura posibilidad de una escritura.

Esta sola posibilidad nada tiene de trivial. Ninguna filosofía la había evocado jamás con relación al lenguaje. El paso cumplido por el gramático y completado por el lingüista tiene en esto una importancia singular. A decir verdad, dentro de la experiencia cotidiana, todo aparece en contra de la idea de que, para objetos tan íntimamente ligados a la realidad como son las palabras, fuera posible construir una escritura, la que, justamente, nada debe a esa realidad. Más

todavía, la instancia de lo Uno toma una nueva forma. Desde siempre la filosofía ha reconocido esa instancia en la naturaleza, en tanto que lugar de los *stoicheia*, hasta unirlos dentro de la figura del mundo, y su saber integral en la figura de Dios.

Con la gramática, y su intersección con la ciencia, la lingüística, lo Uno aparece no sólo fuera de la naturaleza, sino en eso mismo que de buena gana se hubiera definido como tal exterioridad. Las letras pequeñas de Galileo muestran su poder de apelar a otra cosa que la *physis*, o, más bien, lo otro de la *physis*. Queda entonces abierta una fisura en la figura de mundo, en tanto que esa figura pudiera pretenderse coextensiva al reino de lo Uno; es un nuevo modo de ser el que emerge, el de un Uno no físico, el que Saussure se ha agotado en la tarea de delimitar, y después de él los estructuralistas.

El paso del psicoanálisis, y quizás ese paso no hubiera sido posible sin la previa construcción de la escritura lingüística (así fuese bajo la forma aún no desvueltada de la gramática comparada), consiste en haber reconocido en ese modo inédito del ser, aquél de los procesos inconscientes.²⁶ En ese preciso sentido, se puede persistir en sostener un privilegio para la lingüística, el que su propio curso de desarrollo ha tenido la propiedad de hacérselo descuidar.

²⁶ Ése es el verdadero alcance del texto, tan desconocido por los más grandes, sobre los sentidos opuestos en las palabras primitivas. Se comprueba que el propio Freud, por más que estuviera impulsado a no reconocer otro Uno que el Uno físico, había encontrado otra cosa.

propone para ese fin significantes de los cuales no tenemos reparos en hacer uso. Incluso por eso obtenemos esas proposiciones universalizantes que, en caso de presentar en algún punto de su decurso una marca del significante del Todo, se distinguen y valen por algún sesgo para algún todo. ¿De dónde tenemos, empero, que la interpretación de esos significantes del Todo sea univoca? ¿Sobre qué nos aseguramos que las proposiciones universalizantes son siempre lícitas, sin otra condición que su buena formación?

Esto es, por tanto y en todo sentido, que la articulación del todo y el decir interesa a la lingüística. Eso en la medida en que la lingüística especifica su objeto en el que todo no se dice, en tanto que a partir de ese punto mismo aquélla constituye un todo, concluyendo de eso que todo no se dice al todo que se dice. Y en tanto, finalmente, que la lingüística entiende, de ese todo decirlo todo, mediante proposiciones universalizantes. En síntesis, en su relación con el decir, la lingüística demanda el Todo: en todo sentido, es decir en sentidos contradictorios y cometiendo embrollos. De ahí nacen sus antinomias y su sofística, las que son una con su sutileza y sus subterfugios. Ninguna esperanza de desenredar esto, a menos de confrontar el todo al que se apunta en lo que se dice de lo que se dice, con el todo del que se dice que no se dice.

La gramática y la lingüística emiten con referencia a la lengua proposiciones universalizantes. No es que todas sean universales en el sentido corriente, no habría dificultad en citar algunas que sean particulares e incluso singulares. Pero aquellas mismas que enuncian alguna excepción irreductible son tenidas como válidas en toda ocasión regular, para todo sujeto hablante definido según criterios establecidos. De hecho, es esto precisamente lo que debe autorizar la operación que diseña la lengua contra el fondo de

la lengua y la separa: un uso incesantemente lícito del operador universal en cualquier punto de las proposiciones emitidas sobre la lengua.

Se observa de esta manera la medida en que se hallan emparentadas la operación de la lengua y la de la lengua. La única diferencia que las separa es la que va del colectivo al distributivo. El punto de vista del lenguaje accede fácilmente al universal por la extensión y la posición de propiedades comunes a las diversas lenguas, recogiénolas colectivamente en un todo. La lengua, en cambio, supone lo universal distribuido en cada una, de manera que sean posibles proposiciones universalizantes para una lengua entre las cosas, así fuera ésta única en el mundo. Uno y otro punto de vista, aun cuando no se puedan distinguir sus resortes, consisten entonces en adjuntar incesantemente un operador del Todo a los jirones de real que se oponen. Esto así sea el todo de las clases de palabras, el de la regla, o el del mínimo del soporte supuestamente universalizable de la lengua: el sujeto hablante.

Ese Todo es sin duda el que, según los más, autoriza a la lingüística a considerarse ciencia, puesto que a partir de Aristóteles, ésta es parte integrante del Todo. ¿No es la episteme un conjunto de proposiciones tal que, de un objeto bien definido como un todo, aquéllas dicen todo, en términos válidos para todos y en toda circunstancia? A lo anterior, Galileo parece haber cambiado muy poca cosa. La ciencia que él funda se afirma moderna al otorgar a su objeto figura de Universo y válida por sí sola una técnica todopoderosa. De la misma manera, lo esencial de las metodologías reside sólo en un punto: redefinir los modos de construcción posibles de una proposición universalizante. En una palabra: mostrar cómo el Todo viene a los jirones. Aquí las opiniones divergen, pero eso importa poco comparando con el propósito que las reú-

define los modos de inscripción de los sexos: basta para eso que Φx sea entendido como la función fálica. De ahí luego se sigue todo: hombre, mujer, castración y que haya dos sexos. Pues las escrituras del Todo valen de la misma manera para cada ente hablante tomado distributivamente, y de ello que se construyan como un Todo en relación a un Φx , de lo que se puede concluir que cada uno de entre ellos debe inscribirse como sujeto necesariamente de un lado o del otro.

des se complican, pues no está lógicamente excluido que Dios no esté dentro del mismo. El ser infinito del Universo, en este caso, no resulta contradictorio. Pero en cuanto el Universo se escinde del Mundo, ocurre entonces que Dios se reparte.

Sería fácil demostrar que el Dios de los filósofos y los sabios es esa x que hace límite al Universo, y que de esa manera lo constituye como Todo, accesible a las proposiciones universalizantes. El hecho de que esa x sea realizable o no poco importa, si su existencia es construible. De esta manera, el deísmo y el ateísmo pueden equivalerse (y se ve por paréntesis que el ateísmo de Freud es necesariamente parte integrante de lo que Lacan llama *tourhommie*). En cambio, basta que, por el sesgo de la Omnipotencia, no pueda ser construida ninguna x que escape a Φx o que, por el sesgo de la Encarnación, Dios se haga el mismo valor de la función: entonces el Todo ya no es construible. El soporte de ese *no-todo* es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y de la misma manera el Misterio de Jesús, Dios Todopoderoso, puesto que capaz de milagro, encarnado y al mismo tiempo oculto, en tanto que no podría ser dicho íntegramente. Conviene leer sobre esto a Pascal, pero también a Newton.

Si Dios no está más en posición de límite, la tarea de salvar el Todo del Universo pertenece a otro significante. Así ese momento eminente que sería el origen, o, aun, la inserción dentro de la serie de los fenómenos de aquello que la deniega: la libertad. Se reconoce aquí lo que anima las antinomias kantianas y la resolución que a las mismas propone la razón práctica. Pero no menos se notan los rodeos de las cosmologías modernas.

Se recomienda la lectura de F. Regnault, *Le Sujet de la science et le fantasme du monde*, de próxima publicación.

Pero, acordémonos de la lengua y adelantemos las siguientes proposiciones: nada existe sino en tanto que es nombrable en su ser, y nada es nombrable sino por una articulación de *lalangue*. A la segunda proposición siempre se le podrá dar un sentido tal que nada puede refutarla. En cuanto a la primera, no es otra cosa que un axioma, cuya refutación, por tanto, es imposible, pues si algún elemento existiese que la contradijera, sería imposible nombrarlo. Juego lógico, sin duda, pero del que surge una consecuencia. Si efectivamente no existe límite nombrable para *lalangue*, ésta no podrá de ninguna manera ser inscrita del lado del Todo. La colección de elementos que la compondrían no tomarían figura de universo, y las proposiciones que se formalizaran a partir de las mismas no serían universalizables. En contraste, la lengua y el lenguaje aparecen como inscripciones del Todo, delimitables como lugares, en *lalangue*, de lo universal. De lo que se sigue, por recíproca, que toda proposición universalizante relacionada con *lalangue* no puede ser emitida sino desde la lengua o el lenguaje; y de ahí se sigue, también, que la lengua y *lalangue* no pueden sostenerse sino de un punto Φx . Φx que los garantice como Todo.

Ese punto posee diversos nombres, pero siempre es relevante. Para la gramática es la diferencia de las categorías, de la estratificación del elemento al grupo que lo incluye, y de la división, finalmente, entre sonido y sentido, con lo que reticula la lengua y la arroja en el espacio de los todos. Cada categoría, cada estrato, limita al otro. El sonido suspende al sentido y recíprocamente. Ese *no* constantemente renviado de un punto al otro es lo que Saussure llama la *diferencia*: en la lengua, tal como él la define, así como (aunque secretamente) en toda gramática, cada elemento está limitado y suspendido por el otro. Así la lengua donde,

Tarski, lengua U de Curry—³⁰ que la fije en su posición. Pero el lingüista no podría conformarse con eso, pues to que es sobre la misma lengua cotidiana donde debe establecer su dominio. Lejos de que la lengua cotidiana pueda funcionar como límite, ella misma debería, en su propio desenvolvimiento, presentar un límite inferior. Eso es lo que permite, según todas las apariencias, la partición entre correcto e incorrecto.

Pero aquí se ha recorrido un circuito suplementario, pues esa partición no constituye límite. El nombre que la misma articula no es suspensión, sino prohibición. De lo que se sigue que la lengua, inscrita como Todo, se sustantiva en una red de obligaciones e interdicciones: lo imposible en la lengua, que la instituye en real, se escribe con la cifra de la prohibición. Éste es el enigma. ¿Qué negará que la locución interdicta sea también parte de la lengua? Si no ocurriera así, ése sería, simplemente, el límite donde la lengua se sus-

³⁰ Consultar: J.A. Miller, "Théorie de la langue", *Ornicar 1*, pp. 27-29, y "U", *Ornicar 2*. El artículo de Tarski es de 1933: "Le concept de vérité dans les langages formalisés", *Logique, sémantique, métamathématique*, Paris, A. Colin, 1972, t. I, pp. 159-269. H. B. Curry ha retomado en varias oportunidades su análisis de la lengua U; la presentación más clara es quizá la que se puede leer en *A Theory of Formal Deducibility*, Notre-Dame Mathematical Lectures, No. 6, 1957, donde se hallarán estas líneas: "Todo lo que hacemos se apoya en la lengua U [...] podemos emitir aserciones sobre la lengua U en lengua U. Resulta de ello que no existe metalingua U" (*ibid.*, p. 12, las cursivas son nuestras).

Las últimas proposiciones del *Tractatus* de Wittgenstein son, por vía negativa, equivalentes: "De lo que no se puede hablar, mejores callarse" anuncia evidentemente un límite que por retroacción constituye al *Tractatus* como Todo, homólogo del Todo del Mundo introducido en la primera proposición del libro. Pero, a la inversa, el hecho de que un imposible deba dar lugar a una prohibición explícita demuestra que existe al menos un lugar desde donde se habla de aquello de lo cual no se puede hablar: ese lugar es *lalangue*.

pende y se confirma como Todo. No habría, entonces, necesidad de regla que la califique como excluida; bien concebida, la función de la lengua bastaría. Pero siempre es requerido un juicio explícito, pues de otra manera nada en una locución incorrecta la anunciaría como tal. En ciertos aspectos de la cuestión, es dentro de la lengua donde la locución incorrecta reclama ser descartada. Sin embargo, hay que estar en guardia; ésa es efectivamente la estructura de cualquier prohibición, y la prohibición de la lengua no se distingue desde ese punto de vista de la que pesa sobre el sexo.

Pero eso no puede ser bien aprehendido sino a condición de marcar la incidencia de las escrituras del Todo sobre lo sexual. Supongamos un ente hablante que se inscribe como sujeto en uno de dos sistemas de escritura:³¹ de esa manera, por poco que Φx sea entendido como la función fálica, en el orden simbólico se encuentra articulado para ese ente el real de su deseo en tanto que sexual. Pero no resulta menos cierto decir que, de ahí, se genera la familia de sus identificaciones imaginarias, y, singularmente, el sistema de nominaciones sexuales —"el hombre", "la mujer"— dentro del cual se halla capturado, en la realidad, el real que marca a los entes hablantes: una constante carencia de unión. Así el *Hétéroés* absoluto que insiste en lo real, se escribe en la disparidad de las escrituras del Todo y es imaginado en el reparto en mitades de las representaciones llegadas del cuerpo. Según se haya inscrito como sujeto en uno u otro lado del Φx , el ente parlante se aprehenderá como "mi" en la mitad hombre o en la mitad mujer.

No cabe duda que, a tal rama de escritura, tal nombre de mitad se le apareja. Puede verse en eso

³¹ Sobre todo eso, Cf. *L'Étourdit* y la lección VIII de *Encore*.

nombrés que se le asignan. Lo imposible que hay de decir todo de *lalangue* dentro de la lengua, se distribuye sobre el Todo bajo la figura de un prohibido, lo que se dice también: “alguna locución de *lalangue* está prohibida”. El campo de esta prohibición será aquel donde la lengua y *lalangue* se confrontan: el proferimiento. De ahí una proposición, que no es sino un Edipo lingüístico: “desde el punto de vista de la lengua, alguna locución está prohibida, en tanto que la misma podría ser proferida”.

Esta vez, empero, no se trata de límite: la locución prohibida no posee nada que suspenda los caracteres de la lengua, incluso hasta el punto que basta a veces algún subterfugio para incluirla en ella.³³ A pesar de lo irrisorio de su material, testimonia distributivamente dentro de la lengua, vuelta a delimitar como lugar de universal, el *no-todo*, a saber *lalangue*, que en tanto nada existe que sea su límite, no puede ser dicha toda. Se ve entonces porqué la aserción del real de la lengua es homónimo del axioma por el cual Lacan sostiene que el decir pertenece al orden del *no-todo*: “todo no puede ser dicho”. El borde de real que la lingüística se ocupa de representar como la partición de lo correcto y lo incorrecto, no es otra sustancia que *lalangue* misma. Soporta dentro de su forma de borde lo ilimitado que destruye toda universalidad. Es, sin embargo, aquí donde por un esfuerzo sorprendente, la lingüística debe afirmarse para volcar en la cuenta de lo universal aquello mismo que atestigua lo imposible de decir.

³³ Lo más usual es la cita. Si la frase P es incorrecta, siempre está permitido escribir la frase P': “es incorrecto decir P”. Existen otros procedimientos menos groseros. Cf. Chomsky, *Aspects*, p. 213.

VI. Un lingüista deseante

Aquello que es esencial para la lingüística puede ser o no introducido bajo la forma del signo. Esto no equivale a decir que la elección carezca de consecuencias, al menos cuando eso es pensado. Muy al contrario, importa mucho que el signo soporte para Saussure un peso esencial. Y esto no sólo en el *Curso*, sino por todas partes: estudios mitológicos, análisis de los anagramas, etc. Al extremo de que se llega a suponer un cierre mucho más importante: no simplemente los fundamentos de una ciencia, sino el discernimiento de un modo de ser, hasta aquí inédito.

No debe, pues, temerse la exageración de la postura: los textos saussurianos testifican del carácter desesperado de las aporías en las que se inscribe el signo. Todo se reduce a una cuestión: ¿de dónde viene que exista lo discernible? Lo cual conduce a otro: ¿de dónde viene que pueda ser pensada la repetición y la no repetición?

Saussure no podía ignorar la respuesta corriente: para discernir basta con nombrar. Pero esto no hace sino acentuar la aporía, cuando se trata precisamente, para él, de introducir el discernimiento en aquello por lo cual se nombra —digamos para simplificar, el lenguaje—. De ahí las célebres interrogaciones —variedades sobre el cuchillo de Juanito—: ¿cuál es la iden-

En un verso saturnino, los fonemas son elegidos a partir de un nombre, ligado de manera crucial al sentido narrativo del verso.

Como esos principios, una vez comprobados, no pueden ser referidos a lo aleatorio, y como, además, son no necesarios, se requiere suponerles una causa específica: un *saber* explícito y consciente, en el cual la ausencia de cualquier rastro debe ser atribuida a un secreto.

Así formulada, la hipótesis nada tiene de inverosímil con vistas al método filológico. Todo lo que se puede decir es que no está demostrada. La prueba debería poseer la forma siguiente: establecer [1] que hay textos sin anagramas; [2] que todos los anagramas comprobados son el efecto de una técnica específica. Aquí es donde Saussure ha fallado. Una vez definidos, los anagramas aparecieron, evidentes, en todas partes: fuera de los versos saturninos, en todos los tipos de versos latinos, cualquiera fuera su época, hasta en versos modernos cuyo autor, consultado, omitió responder. Desde luego, Saussure se hallaba en presencia de un real incontorneable, pero la filología nada podía hacer con respecto a eso. Ya no se trataba de principios no necesarios, sino de una propiedad siempre detectable en los textos; no más el saber obliterado de especialistas desaparecidos, sino el saber inconsciente de la misma lengua.

Nada de todo eso interesa aún a la forclusión; y, a decir verdad, establecer la verdadera articulación de los anagramas resulta más dificultoso de lo que parece.

Lo primero que se debe señalar es que, hablando con propiedad, el anagrama deniega el signo saussuriano:

- El anagrama no es diferencial: cada uno de los anagramas reposa sobre determinado nombre, del

que redistribuye los fonemas. Pero está claro que ese nombre (propio o común), aunque sea una unidad lingüística, no es tratado en lo que tiene de diferencial: tiene una identidad propia, un Sí, que no extrae de la red de oposiciones donde la lingüística lo aprehendería.

• El anagrama no es ni contingente ni arbitrario: su función consiste en imponer una necesidad a los fonemas del verso, sustrayéndolos del azar que marca las unidades lexicales.

• El nombre en anagrama funciona como un “sentido” y no como un significado. Es como cosa del mundo, no como elemento de una lengua, que el nombre es la designación global de todo el verso. En ese sentido, el anagrama contraviene el dualismo: el orden de los signos y el de las cosas se confunden, y es el segundo de esos órdenes el que funciona como causa en relación con el primero.

• Más en general aún, el anagrama atenta contra el principio mismo de todas las descripciones lingüísticas o gramaticales. Cualquiera sean sus métodos aquéllas soportan el tercero excluido; dos unidades dadas, son totalmente distintas o totalmente indistintas; una unidad está presente o está ausente dentro de una secuencia. Luego, consideremos la secuencia *Cicuresque*, anagrama de *Circe* (ejemplo de Saussure *in* Starobinski, p. 150), o *despotique*, anagrama de *désespoir* (ejemplo de Jakobson): preguntar si las formas apareadas son distintas unas en relación a las otras carece, en propiedad, de sentido, puesto que el anagrama es considerado como lo que sustituye *realmente* en la forma explícita. De la misma manera, *Circe* o *désespoir* no pueden ser designadas unívocamente presentes o ausentes. El anagrama como tal determina un lugar donde esas cuestiones, aunque esen-

la contingencia requerida sino mediante la denegación de las propiedades regulares del signo. Representa, en un sistema filológico de la lengua, lo que en la misma marca su dependencia con relación a un real con el cual no se podría mensurar.

El anagrama representa igualmente, incluido en la red de lo imposible de la lengua, un "además" que allí es distinguible. Por una parte, el anagrama es enteramente formulable en términos de fonemas, y supone un análisis fundado sobre el principio que hace contingente la homofonía —de manera que no recibe un estatuto sino por un sistema que la devalúa—; por la otra parte, el anagrama denuncia un real que excede toda fonología posible. Por eso, por lo incontorneable de su real, pone a la lengua en exceso. Nosotros llamamos a eso *lalangue*.

Sin embargo, lo esencial quizá no ha sido alcanzado aún. La ambigüedad del anagrama hace que se preste muy fácilmente para una ciencia humana cualquiera. Y por su intermedio el real de la homofonía puede dar lugar, al igual que cualquier otro real, a descuido y notación. Eso es, por lo demás, lo que se observa, puesto que, debido a Jakobson, lo que era un fracaso para la filología se ha tornado en éxito apreciable con relación a la lingüística estructural por la intermediación de la poética. Al mismo tiempo, la lengua, como red de imposible, retoma su imperio y amplía sus límites. Lo que podría aparentemente excederla ya no es más atribuible a un efecto de real, sino una figura imaginaria: el genio poético. Como ocurre con frecuencia, lo inasimilable a las representaciones calculables ha pasado a la cuenta de la cultura humanista. El anagrama saussuriano deviene la figura moderna del tropo, medio de comentario, por una transacción que reconcilia mutuamente a la poesía y a la ciencia de la lengua.

Pero debería estar claro que Saussure se proponía otra cosa muy distinta. A diferencia de Jakobson, la poesía le interesaba muy poco, y no se hubiera contentado con haber hallado un método para hablar de ella en forma verosímil. Saussure entendía ocuparse de la verdad, bajo la figura que únicamente le importaba: la conjetura sobre el indoeuropeo. Y poco le interesaba, mediante esa conjetura, poseer un nuevo acceso a las formas culturales de la tradición humanista. Lo que él buscaba era un saber.

Los anagramas deberían deletrear el saber iniciático, secreto y olvidado, de los poetas indoeuropeos, y si fuera imposible tomarlos así, mejor sería dejarlos de lado, pues nada valdrían. Así, al no presentarse la prueba decisiva, Saussure dejó de hablar de ese asunto. Por ahí aparece el escándalo, incluso para los simpatizantes, Jakobson o Starobinski. ¿Un saber? No, por cierto. Lo mismo para los eruditos ortodoxos. Éstos asediando quizá más estrechamente lo que está en juego cuando hablan de locura. Pues eso es lo que se murmura y lo que sin duda explica el embargo que se aplicó en Cinebra sobre los manuscritos.

¿De dónde proviene que el saber resulte en la ocasión tan chocante? La razón es simple: es imposible abordar el real de los anagramas, íntegramente tejido de lengua, haciendo como si la lingüística no existiera. Se sabe que esta última nada quiere saber de lo que soporta a los anagramas. Pero lo que eso implica no es que lo quiera ignorar, sino más bien pretender que ningún saber sea enunciable dentro de este campo. Lo cual se puede aceptar de dos maneras. Una consiste en hacer como si nada hubiera que tratar: ésa es la conducta corriente; la otra es atenerse al amor de los poetas. Pero Saussure resiste: pretende articular un saber, y como no lo puede concebir sino bajo una sola figura, se agota en suponerle un sujeto.

Pero aquí, como se ve, nada distingue al lingüista de cualquier otro actor de ciencia. La singularidad de Saussure se esfuma a medida que la sustracción de la lengua a *lalangue* puede ser tenida en mayor medida como adquirida.

VII. De la lengua

Ser es ser nombrable. Luego, no hay nombre que no sea hablable. ¿No supone esto, empero, que un ser haya hablado? Vale decir que del ser al hablar el círculo es incesante. Sin embargo, que un ente sea calificado de hablante, no resulta libre de dificultades. No es posible aquí que el ente sea un sustrato desnudo, al que vendría a agregarse, así fuese como atributo esencial, la propiedad de "hablante". Más bien, el ente hablante es aquel cuyo ser mismo no deja de ser afectado por el hecho de que habla. Puesto que, lo no hablable que lo suscita a ser, supone que, en parte al menos, ha tenido que hablar.

Si un solo ente hablante, Dios o no, es *hablante*, el ente en sí y el hablar no se separan y se corrompen mutuamente. Pero, por último: ¿qué habla ese ser hablante?; ¿qué es necesario que sea para que su ser pueda y deba inscribirse allí en suspenso?

Está claro que se puede tratar aquí de la lengua de los lingüistas: una representación matematizable no podría en ningún caso afectar al ente que la soporta, y, por otra parte, la lengua como objeto de ciencia se sostiene justamente en el hecho de que no es hablada por alguien cuyo ser fuera especificable. Tampoco

fantasma: la pareja de locutores que el modelo une es la fiel imagen, y por eso la máscara más apropiada, de la imposible conjunción de sujetos deseados. Pero, como lo hemos visto, toda lingüística se funda en un modelo de la comunicación (o su equivalente).⁴⁰ En ese sentido, la lingüística basa su coherencia interna en un recurso a lo fantasmático. La representación del acto de lenguaje, concordantemente condición de la lengua, se torna mimesis gesticulante del real donde *lalangue* se instituye.

Dos sujetos que no pueden confundirse en uno, éste es el eje de *lalangue*: dicho de otro modo, dos entes hablantes son necesaria y realmente distintos y su diferencia no puede ser anulada, desde ningún punto de vista, ni siquiera de manera conceptual. Los sujetos no dejan de escribirse como discernibles, y no puede existir ningún real donde sean simétricos. Por eso el modelo de la comunicación, el de Saussure, por ejemplo, al funcionar como representación, funciona también como máscara. Su propiedad esencial consiste, en efecto, en aplicar a la relación de conjunción imposible el principio de la simetría de lo indiscernible. Dos sujetos hablantes en el sentido de la lingüística que, por definición, no son considerados sino por los rasgos que recíprocamente los igualan. De esa manera, la no conjunción es mantenida en la puesta en escena, pero en forma tal que siempre es posible negarla y suplantarla allí con la igualdad y la simetría de los términos. A de-

⁴⁰ Chomsky, por ejemplo, niega explícitamente toda importancia a la función de comunicación para la teoría del lenguaje. Pero renuncia su equivalente, proyectándolo sobre un sujeto único: en lugar del mutuo conocimiento, el lenguaje tiene la función de aclararle al propio sujeto sus representaciones. Se vuelve a encontrar el movimiento mediante el cual Chomsky proyecta el par locutor-auditor sobre un sujeto hablante único. No hay aquí sino variaciones de estilo.

cir verdad, el lenguaje, como concepto, y la lengua como soporte de un real, no son otra cosa que esa suplantación misma. Colman el foso de la no conjunción mediante la conversión mágica de sus efectos en otras tantas marcas contrarias: la topología de la no conjunción deviene espacio de la comunicación, lo heterogéneo de los *hablantes* se cuenta como homogeneidad de participantes en el intercambio, el freno de la locución se hace mensaje.

Lo que se revela entonces es una singular relación entre la lengua y el amor. Pues también el amor debe suplir una conjunción imposible: la misma concentrada por Lacan bajo la forma "no hay relación sexual". Por lo demás, basta hacer la experiencia: tomar cualquier esquema de comunicación e introducir en él, en lugar de sujetos hablantes, enteramente calculables, sujetos obliterados por el deseo, es obtener la forma de un amor. La diferencia, desde luego, estalla en el modo de insistencia del deseo, pero esto cuenta menos, quizá, que la homología. En el amor, como en la lengua, se trata de evacuar lo discernible, de hacer de modo tal que deje de escribirse, que el dos se haga uno, mediante la superación fantasmática de lo inunificable. Más aún, la operación se vale de los mismos recursos: los del signo. Cordermoy lo dice suficientemente, la relación de lenguaje se instaura en el hecho de que un sujeto hablante infiere que el ente que lo enfrenta es no sólo un semejante, sino que es un igual, es decir, un sujeto hablante como él. Basta simplemente que reconozca determinados movimientos físicos como signos, y que en consecuencia suponga en ellos un sujeto emisor. Es de la misma manera, dice Lacan, que en un gesto, en una palabra o en una frase articulada, un sujeto deseante supone un sujeto que amaría como igual en relación al deseo.

¿Cómo asombrarse, entonces, que del amor se pase,

que represente *lalangue* sin aduiterarla, una imagen de aquello que excede la representación. El itinerario para ello es necesariamente imaginario, así fuera por cuanto es reflexivo. Para el ente hablante se trata de volver sobre lo que lo hace ente hablante y lastrarlo con una totalidad y permanencia imaginables. Aquí se abre una galería de figuras muy conocidas, la principal de las cuales es la lengua materna, la que no es *lalangue* sino una imagen recibida de su función de *ex-caso* con referencia a las gramáticas y a las teorías. Es necesario agregar a esto todas las lenguas ideales: la de Brisset, y también la lengua fundamental de Schreber, así como la lengua de Wolfson, obtenida por la adición de todas las lenguas no maternas. Se trata aquí de totalidades definibles en extensión. En otros casos, la definición es intencional: así el *plus* de pureza de Mallarmé, pero siempre se obtiene, incluso en las lenguas posibles, un término que las excede a todas, como detentando la representación de la función misma de exceso.

De esta manera se comprende suficientemente la función de los anagramas, pero quizá sería necesario llevar el análisis más lejos. En varias oportunidades hemos evocado entre las cadenas asociativas la etimología, particularmente las que permite el indoeuropeo.⁴¹ Hasta el presente, el indoeuropeo no ha sido considerado sino como objeto de ciencia y como figu-

⁴¹ No es éste el lugar ni la ocasión para discriminar entre los diversos tipos posibles de etimologías. Digamos, simplemente, que la etimología indoeuropea guarda escasa relación con la etimología ilustrada en Bloch-Warburg. La primera se ocupa de los precedentes relativos y de las pruebas estructurales, la segunda de dataciones absolutas y de pruebas documentales. Finalmente, estas dos disciplinas, referidas a la ciencia, se distinguen de la etimología antigua: la de Varron o la de Isidoro de Sevilla, que es, en propiedad, una parte de la retórica.

ra de un saber en el que Saussure esperaba escribir integralmente los anagramas. Sin embargo asalta una sospecha cuando se sabe cuál es el rumor que corre entre los propios especialistas en indoeuropeo, a saber: que su disciplina roza constantemente la locura. Esa sospecha se refuerza aún más cuando se percibe el carácter completamente singular del tipo de ciencia lingüística a la que llega la gramática comparada, así como la singularidad del tipo de datos que la suscita.

En efecto, tomemos las cosas en su punto de partida. Desde siempre habían sido observados los ecos fónicos entre distintas lenguas, particularmente entre el griego y el latín. ¿Debian ser remitidos esos datos a lo contingente o a una necesidad general de la articulación fónica o, finalmente, a partir de las homofonías se debía inferir una causa específica? El problema podía recibir una formulación precisa, y el hecho es, ejemplo raro, que ha sido enteramente resuelto. A partir de 1880 se sabía a qué atenerse con respecto a eso.

Las homofonías consideradas no son ni absolutamente contingentes ni absolutamente necesarias. Tienen una causa particular que puede ser descrita como una comunidad de origen. Ése es el concepto del indoeuropeo que, como se ve, se analiza en dos partes: a) las semejanzas fónicas tienen una causa; b) esa causa es una lengua. De otro modo: el indoeuropeo es la lengua que causa las homofonías entre distintas lenguas. Ser indoeuropeísta es, entonces: a) construir una lengua, la lengua de la causa; b) referir cada forma de las lenguas observadas a una forma de la lengua-causa (es eso lo que se designa etimología). Se observa de inmediato lo extraño del concepto de indoeuropeo: es una lengua de estatuto pleno, en todo punto comparable con cualquier lengua conocida, pero jamás podrá ser afirmada como hablada por sujetos. Efectivamente, si por fortuna se describieran los trazos ob-

Pero éste es un hecho general, verdad de todas las lenguas ideales, y que hace a la esencia misma de las lenguas. Después de todo, el que se pueda detectar en todas las gramáticas y lingüísticas un núcleo de desconocimiento, importa menos quizá que el simple hecho de que las mismas sean posibles. Luego, esto supone algo nada trivial: las lenguas son transcribibles de manera tal que todo sea allí discernible de todo. En otras palabras, manifiestan que existe el Uno. De ahí la cuestión: ¿de dónde viene el Uno a las lenguas? Del significantemente maestro, se dirá, pero esto implica, al mismo tiempo, la constante posibilidad de que la existencia del discernible sea referida a un significantemente ubicado en posición de agente: el agente del discernible, vale decir, precisamente el Amo.

He aquí lo que explica aquello que habíamos señalado con anterioridad: que el lenguaje de la dominación es literalmente obsesivo cuando se trata de fundamentar el discernible en la lengua. La ley, la regla, lo arbitrario, todos esos variados nombres convergen hacia un foco único: el significantemente del Uno, puesto en posición de actuar sobre la lengua. Sin duda, tanto los gramáticos como los lingüistas pueden arreglarse con eso diversamente. Hay entre ellos quienes le hablan directamente al amo, y desde Richelieu nadie ignora la relación que mantiene la regulación idiomática y el restablecimiento del orden de los pueblos (que los comparatistas hayan sentido más gusto por el nazismo que por las democracias parlamentarias, mientras que los formalistas sean generalmente liberales y modernistas, introduce aquí sólo variaciones anecdóticas). Hay quienes obturan totalmente el problema del origen del Uno, como Chomsky, presto a pagar la operación de un retorno de la figura del Amo bajo la forma explícita del militantismo polí-

tico.⁴⁴ Están, finalmente, aquellos, más raros, que al reconocer el problema asumen a su cargo el peso de su solución. Subjetivizan en ellos la posición de agente del Uno, al hacerse los soportes de lo que en la lengua introduce el discernible. Ésa es, creo, la clave de Saussure como sujeto. La locura, en verdad, no comienza en él con los anagramas, sino que ya está presente en el *Curso*; es el mismo movimiento que lo conduce a querer sostener al Uno en el seno de los equívocos sonoros del verso latino y en el de toda lengua posible por lo diferencial. El *Curso*, reconocido por los universitarios, y los folletos de poética, ignorados por ellos, dicen la misma frase, la que sin duda articulaba el deseo de Saussure: lo Uno que marca a las lenguas les viene de otra parte.

Pues eso es, precisamente, lo que está en cuestión: nada, dentro de las lenguas, permite pensar que sean transcribibles en significantes; ahí existe un poder que las excede. ¿Qué otro sino un legislador, divino o no, individuado o no, subjetividad o no, pero de todos modos un amo, podría dar cuenta de eso? Cosa a lo que Lacan precisamente se opone. Si el significantemente maestro está encarnado, no lo es en un agente, sino en *lalangue*, como que todas las figuras de agentes son sus efectos. Donde se rencuentra la proposición: si existe lo Uno en las lenguas —si, por tanto, la lingüística, es posible— es que existe *lalangue*, que los entes hablantes como tales no se fusionan.

⁴⁴ Agreguemos aquí los héroes atípicos, como Pierre Cuiraud, que, lingüista en el pleno sentido del término, no menos ha ensanchado la fisura que todos tratamos de rellenar. Léanse sus *Structures éty-mologiques du lexique français*, sus dos *Villon* y se verá en acto el *gai* saber de la homofonía, adornado oportunamente con los orpelles del carnaval. En cuanto a la figura del significantemente Uno, se dice aquí sin ambages. ¿No anuncia acaso Guiraud un tratado del vocabulario sexual?

es posible por la puesta del saber en posición de agente o, dicho de otro modo, por la constitución de un discurso universitario definido por el saber agente; la producción indefinida de sujetos expectantes con un maestro, verdad del dispositivo.

Si en el curso de la aventura la lingüística llega a afrontar un real, mientras que las otras permanecen en lo fantasmático, no es, para el caso, significativo; la lingüística no es para nada responsable de aquél, sólo es su objeto. Se produce aquí una sorprendente articulación: la lingüística, y se puede agregar la gramática, no encuentran el real que las gobierna sino confiriéndole ciertas propiedades que lo hagan representable, como permanencia, univocidad, regularidad, vale decir otras tantas acunaciones del simple hecho de que un real vuelve siempre al mismo lugar. Pero, esas propiedades resultan ser igualmente aquello por lo cual la lengua es no sólo enseñable, sino también el vehículo de toda enseñanza posible.

Porque la universidad y, allí mismo donde su discurso no haya emergido, toda forma de escuela, supone no sólo entes hablantes y *lalangue*, sino también que esta última los homogeneice para siempre. Supone, por tanto, que *lalangue* sea sometida al principio de lo mismo y lo repetible, que sea interpretable como una lengua. Se alcanza aquí el subsuelo común de un núcleo de realidad y de una institución fantasmática; decir que sólo hay gramática por y para la lengua es decir, al mismo tiempo, que hay gramática solamente para la escuela, y escuela por la gramática.⁴⁵ La

⁴⁵ Consúltese a Dante: "Éste es el pensar que movió a los descubridores del arte gramatical. La gramática, en realidad, no es otra cosa que cierta identidad de lenguaje que no se altera por diversidades de tiempo y de lugares [...] Se hicieron descubridores para que los movimientos de la lengua, ondulando según la voluntad de cada persona, no nos privase de todo medio [...] de acceder a las

lingüística nada cambia de esa estructura, lo que supone es la conjunción de la enseñanza y la ciencia. A diferencia de la gramática, por tanto, posee un nacimiento datable. La gramática comparada de las lenguas clásicas difícilmente podría haber aparecido en otra parte que no fuera la universidad alemana, donde se cumplió la conjunción fundante.

Una consecuencia secundaría, pero permanentemente comprobable, es que, del saber de la lengua, aunque esté inscrito en la ciencia, no se puede esperar otro uso que el de una racionalización de la pedagogía. Por desinteresado que se pretenda el investigador, la escuela está aferrada a sus faldones y le reclama su atención.

El correlato de un saber de la lengua no podría, por tanto, ser otra cosa que el sujeto producido por la estructura de la cual el saber es agente. Por definición, el lingüista estudia y enseña; de ahí la importancia que para él tiene el reconocimiento académico. Incluso el real de que se ocupa no se impone sino mediante un reforzamiento continuado; el reforzamiento que él asegura como sujeto, pero que no podría continuar sin la garantía proporcionada por sus pares, productos ellos también de la acción del saber. De lo que resulta que un lingüista ignorado es una contradicción, pues, en ese caso, el real de su objeto se disolvería entre sus dedos y, como el actor sin público, nada confirmaría su ser. Sólo le quedaría, como a Nietzsche, filósofo ignorado por sus colegas, jugar con máscaras y danzar al son de las cuerdas.

No por eso es menos cierto que el lingüista se relaciona directamente con *lalangue*; comparable en esto con el analista, del que, por lo demás, todo lo separa,

sentencias de las autoridades filosóficas y a los relatos de las antiguas gestas. . . " (*De vulgari eloquentia*, I, ix, II, Pleiade, pp. 568-569).

debe recorrerlo como todo, consagrada a la exhaustividad en cuanto a su extensión y a la consistencia en cuanto a su intensidad. Pero, al mismo tiempo, debe conocer puntos donde el *no-todo* imprime su marca e introduce su ajenidad inquietante en las cadenas de regularidad. Por ese hecho la consistencia resulta afectada, de manera que dos imperativos se contradicen: no podría haber exhaustividad sin inconsistencia, ni consistencia sin inexhaustividad.

Pero las operaciones de *lalangue* son siempre también pasibles de ser encubiertas, y los subterfugios son posibles. Al encontrar un punto crítico, la lingüística, si quiere ser exhaustiva, tiene el deber de señalarlo, y esto de una manera que no produzca inconsistencia en el resto de la notación. De ahí el invento de los símbolos de doble sentido, que señalan, encubren y testimonian al mismo tiempo la existencia de los puntos falenciales.

Veamos algunos ejemplos:

- El concepto mismo de lengua: por una parte designa una totalidad abstracta y cuantificable, destinada, desde que se la presenta, al estatuto de fantasma; es la lengua realidad, que es interpretada como institución, como competencia, como bandera, como conjunto de prácticas, etc. Pero, por la otra parte, y sin que sea posible separar con claridad los hilos, la lengua soporta la barra de imposible que marca *lalangue* en su relación con la verdad, y que es, justamente, imposible de totalizar. Aquí está, muy evidentemente, el doble sentido primitivo, a partir del cual todos los demás son, en cierto modo, su monetización.

- Las categorías (nombre, verbo, adjetivo, etc.): por una parte constituyen los hitos de la enumeración de

la lengua, y forman cuerpo con su representación,⁴⁶ por la otra, encarnan lo Uno dentro de *lalangue*, y por su sola posibilidad efectúan allí la operación del signifi- ficante maestro.

- El sujeto de enunciación: en una primera lectura se tiene aquí un concepto positivo de la lingüística, que a los fines de la pura descripción, debe distinguirlo del sujeto de enunciado.⁴⁷ Ateniéndose a lo más raso de los fenómenos, puede que para pensar la posibilidad del yo sea necesario afirmar que todo enunciado puede ser referido a un punto, del cual nada se supone, salvo que anuncia. Pero, inmediatamente, ese concepto se abre a otra lectura: el punto al cual el enunciado es referido es al mismo tiempo afir-

⁴⁶ Al igual que las categorías de Aristóteles determinan los modos según los cuales un objeto en general puede ser representado al conocimiento dentro de un juicio; así ocurre con las categorías gramaticales para una lengua en general; es, por tanto, legítimo que el mismo término sea usado de ambos casos.

⁴⁷ Un ejemplo simple: el verbo *saber* es, en francés, seguido por tipos de complementos, uno es *que*, el otro es *si*. Se estaría tentado de decir que la distribución es sintáctica: que aparecería cuando *saber* es afirmado; *si* en todas las demás ocasiones, cuando *saber* está negado o interrogado. De ahí el paradigma:

- a] A sabe que B viene
 - b] A no sabe si B viene:
 - c] ¿A sabe si B viene?
- Pero el principio queda inmediatamente refutado, porque se puede tener:
- d] A no sabe que B viene.
 - e] ¿A sabe que B viene?

No basta tampoco echar mano al sujeto de enunciado: el saber del sujeto A es el mismo en b] — c] que en d] — e]. Tanto más cuanto que a los ejemplos de que siguientes de los no asertivos, se puede agregar ejemplos de sí siguientes de asertivos.

f] A sabe (seguramente) si B viene.

En realidad, la clave del paradigma reside en el sujeto de enunciación: todo depende de su saber. En a] sabe y en f] ignora que B viene, pudiendo ser el saber del sujeto de enunciado en los dos ca-

mo de la representatividad está permitida una vía análoga: reconocer que dentro de su objeto un sujeto hace signo Y, sin necesidad de figurarlo en mayor grado, puede por ese signo causar su deseo.

En ese momento, ninguna comunidad académica quiere saber nada. En eso, todo lingüista es desconocido, y cuando varios de ellos se reúnen, se guardan muy bien de mencionarlo. Pues cada uno duda demasiado de que algún otro le acuerde los mismos rasgos y la misma consistencia. Por otra parte, se trata de algo muy distinto de lo que los hace lingüistas, los unos para los otros. Es más bien aquello que los hace hombres, esos seres que, al develarse semejantes, no se encuentran unidos sino separados.

De ahí, sin duda, el carácter de pastiche que tiene toda reunión de lingüistas con relación a la comunidad científica. Pues se trata, para que quede asegurado el silencio requerido con respecto al punto nocturno de la contracción, de aferrarse a las formas más convencionales de la demostración y de la notación formalizante. ¿Quién podría ignorar, empero, que en todo momento, del seno mismo del objeto delimitado puede alzarse el espectro de la verdad, testimonio de la incompletud y del desgarramiento del cual dependen el accionar teorizante y la permanencia de las calificaciones académicas?

IX. Envío

La lingüística, actualmente, casi no interesa e, incluso, aburre. Es posible que siempre haya ocurrido así con las disciplinas que se ocupan de la lengua, salvo en aquella época cuando, habiendo la palabra clave tomado la figura del Todo, el estructuralismo hallaba su confirmación y sus recursos entre aquellos que parecía que habían establecido tan sólidamente el poder del Todo sobre la lengua. Pero, en nuestros días el Todo ya no atrae, y las inscripciones que permite son consideradas de buena gana opresivas. La lingüística participa de ese descrédito, enteramente volcada, como se encuentra, a la cuenta del orden monótono que se encargaría de mantener en las almas y en la sociedad. Además, la lingüística se pretende ciencia; y, aun así, al no dar lugar a ninguna técnica bien asegurada (no se ve a qué otra cosa aparte de la pedagogía sirve de validación), la lingüística no es más que eso y subsiste sólo por las escrituras que la califican. Pero es bien sabido que las escrituras de la ciencia, deudoras como lo son del Uno, suscitan un tedio que generalmente es disimulado y compensado por la utilidad de las técnicas. ¿Dónde está aquí, empero, la utilidad?

lingüista que tarde o temprano no caiga en ella, por propia voluntad o a causa del terrorismo del consenso universal. Debido seguramente al hecho de que la lingüística, en la medida que pertenece a la ciencia, no constituye un nexo social sino por intermedio de la universidad, los lingüistas, aprisionados por la red académica, deben formar una comunidad y quieren, en la medida de lo posible, ser intercambiables. Esto prohíbe que ninguno de ellos, como sujetos, articule la palabra que da fe y efecto de verdad. Ninguna otra cosa, entonces, sino una ética secreta y poco colectivizable puede en unos pocos elevar una defensa contra las demandas de la responsabilidad.

No existe, sin embargo, otra manera sino el ser inoportunos para los demás y para uno mismo, si el lingüista quiere alcanzar algún goce. Pues como todos los científicos, y a diferencia, sin duda, del analista, merece un goce: el singular júbilo que produce el desciframiento. ¿Quién mejor que el lingüista podría, dentro de los repliegues de una red de lo real, lanzarse sobre el resplandor de un sentido que no es atenuado por ninguna significación? ¿Quién mejor que él, puesto que la sustancia que manipula no está hecha sino de esos centelleos?

No cabe duda de que, apenas aflorado, el sentido se encuentra asignado a las significaciones del orden y de la regularidad, puesto que éstos son los rasgos en los cuales el lingüista reconoce la dominación del Todo que le preocupa. No cabe duda de que, de esas regularidades alineadas en una escritura restringida, y una vez apagada la pasión (¿qué más adecuado para apagarla que el estilo universitario?), no podría surgir sino el tedio. Pero es preciso no equivocarse con esto, dentro de la duración repetitiva construida por las simetrías de las reglas y los paradigmas, se desprende el instante del sentido, el que la regla significa y simu-

táneamente desdibuja.

En ese instante singular, no es el lingüista el que sabe, sino *lalangue* que sabe por él, porque ésa es la verdad de su competencia: no la dominación, sino la subordinación y el descubrimiento de que *lalangue sabe*.

Luego de eso, importa poco que dicho saber deba ser inmediatamente deletreado dentro de una escritura de ciencia. Durante el tiempo de un relámpago, nada distingue a lo que pronto tendrá forma de regla de cualquier juego de palabras — *Witz* o *lapsus* —: se trata, al mismo título, de una pesca del sentido a lo largo de las vías del significante.⁴⁸ Es el mismo júbilo que surge, tanto más valioso cuanto que no afecta al lingüista sino en lo que hace de él un ente hablante.

Feliz, no obstante, si, al tiempo de preservar las exigencias del estilo, ese ente hablante pudiera a veces intervenir. Puesta aparte la comunicación académica que, como se sabe, le es indispensable, es la única justificación algo digna que el lingüista podría encontrar para escribir. Pero eso implicaría, por su parte, un esfuerzo inédito: el constituir una escritura tal que en el instante del surgimiento del sentido, éste no se diluya en aquélla, pero que, al mismo tiempo, no se resista a ubicarse, si lo quiere así, en el ordenamiento de las tablas y las reglas. Una escritura, entonces, que no se atreve a decir su nombre, y locuciones de doble sentido. Por lo demás, nada es más fácil, para el lector de un lingüista, que no prestar atención a esa imperceptible fisura donde algo de un goce puede hallarse transcrito, pues la propia fisura se presenta bajo los mismos rasgos de la certeza demostrativa. Más aún, si la transcripción resulta lograda, el instante en el que

⁴⁸ En sentido inverso, cualquier broma referida a la lengua es la inscripción, por el sujeto, de un saber de *lalangue*. Cf. J. Milner, "La langue et l'anguage - ou: de quoi rient les locuteurs?," *Change* 29, pp. 185-198 e *id.* 31, pp. 131-162.